

México— sino también afirmar su preocupación por los problemas espirituales de la nacionalidad, lo que es cierto, no siendo óbice a ello ese aire de discreto escepticismo filosófico que aligera muy felizmente todos sus libros.

Alberto ZUM FELDE,

Indice crítico de la Literatura

Hispanoamericana: El ensayo y la crítica.

México, Editorial Guaranía, 1954,

págs. 549-556.

LOS VERSOS DE ALFONSO REYES *

Cuando, primero, se tiene entre las manos este libro de Alfonso Reyes, y cuando, después y lentamente, se le lee y repasa con cuidado, acariciándolo como si fuera una flor, se da uno cuenta de varias cosas que tal vez puedan resumirse así:

1. Una devoción constante a la poesía que ha acompañado a nuestro Reyes a lo largo de toda su vida, y de la que él mismo dijo una vez al publicar su *Huellas* en 1923: "Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin, según va la vida, al paso del alma". En la santa continuación, sin alardes de virtuosismo; el humilde trabajar como jugando; el seguir un destino fielmente, abrazándose a él con el puro amor de lo permanente. La diversidad de la obra reyiana —ensayo, crítica, interpretación histórica, literaria, filosófica y qué sé yo— no logró jamás ahogar la vena lírica. El poeta siguió, pues, su destino de hacer versos, insistiendo en ellos, trabajándolos con el cuidado que un orífice va puliendo su joya.

2. Una voz excelente ya desde su principio, de una pieza, de un propio acento singular. Recuerdo a este respecto haber dicho alguna vez cómo aparece este signo en mis grandes poetas esenciales, que podrán perfeccionar su arte, que podrán adquirir una mayor intensidad, profundidad, altura; pero cuya voz nos aparece neta y clara, ya ella misma, desde el principio. Compruébese esto, al comparar un soneto de su primera época, la serie de los dedicados a André Chenier, por ejemplo, con cualquiera de los últimos que aparecen en el libro, por ejemplo los dos de "La señal funesta", escritos en 1950, y se advertirá cómo la misma claridad, la misma firme voz, el mismo noble acento enlaza épocas distantes y asuntos o temas diversos. Es, pues, el gran poeta que se inicia el mismo que camina y que se sienta a la sombra de sus poemas en flor.

3. Un mundo literario y emocional amplísimo que cubre si-

* Sobre: ALFONSO REYES. Obra poética. México, Fondo de Cultura Económica, 1952, 426 págs.

glos de cultura y abismos de vida interior. En esta obra de Reyes aparecen, de hecho, todos los grandes temas de todos los tiempos. Lo griego, lo francés, lo español sobre todo, y sobre todo, en fin, lo americano. Recuerdo en este punto cómo una vez se dudaba entre los jóvenes escritores mexicanos de la mexicanidad de Alfonso Reyes. Recordemos de paso que se hacía cuestión y negativa la americanidad de Rubén Darío, al mismo tiempo que un gran farsante de la poesía, José Santos Chocano, se hacía pasar por el "poeta de América". Insistamos en que "lo americano", "lo mexicano", "lo cubano" no consiste, no puede, no debe consistir en lo exterior, por muy hermoso de símbolos y adornos que sea; lo esencial está en el fondo, en el acento. Ese acento tan difícil de definir, pero tan fácil de apreciar, que distingue a un Díaz Mirón y a un González Martínez, dentro de su mismo país; o que los distingue a ellos, y al propio Alfonso Reyes, de un isleño, de uno de los míos; o de un peninsular castellano o andaluz —Quevedo o Góngora, Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez. El mexicanismo, el americanismo de Alfonso Reyes es una entraña de amor por lo suyo y una avaricia de incorporar lo demás a eso suyo. El humanismo de Alfonso Reyes, apreciación, captación, interpretación de lo universal en función de lo propio; mirador abierto a todo lo demás del mundo de la cultura para apresar lo valioso y desechar lo inútil, incorporando aquello y haciéndolo parte de la heredad, de lo que nos corresponde por nuestra dichosa relación con aquel mundo.

4. Y por todo ello, relaciones y "simpatías" con otros grandes poetas anteriores a él. He mencionado antes a Quevedo, cuya huella me parece la más evidente en la obra poética general de Alfonso Reyes. Volvamos a los sonetos y comparemos cualquiera de ellos con los maravillosos de don Francisco. Y el Romancero. ¿Y qué más? Todo lo español del siglo dorado. Tales "simpatías", el aire de aquel tiempo, como el aire de un tiempo más cercano, el de su tiempo modernista —no hay que olvidar que los comienzos literarios de Reyes están situados en la época del triunfo de Rubén Darío— van tiñendo con ligeros matices las sucesivas fases de

su obra, haciendo que las distintas partes en que está organizado este libro, *Repaso poético* (1906-1952), *Cortesía* (1912-1947) y *Jornadas en sonetos* (1912-1951), sin contar los *Tres poemas e Ifigenia cruel*, reflejen aquellos diferentes aires del tiempo. Todo ello, como ya he insistido en afirmar, dentro de una voz totalmente personal, de acrisolada excelencia, que se advierte ya desde el principio, en la primera página de esta colección.

5. Diré, también, el juego que se ha traído nuestro poeta entre lo cierto y lo dudoso, lo serio y lo divertido, la superficie y el fondo de la poesía. Se advierte en Reyes, siempre, una actitud como de no dar importancia ni a la Sevilla ni al Guadalquivir de marras. Es decir, eso nos parece a nosotros, sus lectores. Que para él tanto cuidado hay en una estrofa de gracias o de homenaje, aún en la famosa "*minuta*", puesta bajo la advocación sibarítica de Baltazar del Alcázar, como en la más seria de las estrofas de *Ifigenia*. Todo en él es materia poética. La circunstancia —recordemos el respeto que la poesía de circunstancias le merecía a Goethe— puede ser graciosa o dolorosa; puede afectarnos de un modo o de otro; cuando el gran poeta toma la circunstancia ligera, a -poética, la poetiza, la eleva, la dignifica. Y además, que no todo es serio en esta vida de los versos. Y que está bien un poco de sonrisa. Que en el caso de Alfonso Reyes es la sonrisa llena de comprensión, la gracia ateniense, la burlilla del Arcipreste. Juego poético ha dicho él. Magnífico juego de luces y de sombras toda la poesía que en este libro nos ha entregado para regalo y tesoro, el gran poeta.

Eugenio FLORIT,
Columbia University, *Revista Hispánica
Moderna*, Nueva York, Enero, 1955, Año
XXI, Núm. 1.